

# ENCUENTROS 1972 PAMPLONA

## RENCONTRES

### MEETINGS 26 VI

### TREFFEN

### INCONTRI 3 VII

Pamplona como ciudad, ha proporcionado el entorno físico, en los días finales de junio, a una aventura colectiva de comunicación. En base a una organización del grupo ALEA, denominada "Encuentros", se ha vivido de una manera espontánea una manifestación del arte de hoy.

Estos encuentros han reunido aportaciones de la actividad artística de vanguardia, de quienes buscan un espejo de la realidad actual, con manifestaciones de otras culturas más lejanas: música tradicional iraní, música popular vietnamita, teatro Kathakali indú; y otras propias de nuestra cultura tradicional, obras de Tomás Luis de Victoria, y popular txalaparta, cante flamenco. Procurando una visión amplia sobre el complejo pattern artístico de nuestros días.

Se ha desplegado un extenso abanico de medios, hasta ahora poco común en nuestro contexto cultural, en este intento de mostrar la dura problemática del arte actual, exprimiendo las posibilidades de una ciudad como Pamplona.

La sola enumeración de algunas muestras, dan una idea de lo que han sido los "Encuentros".

La aportación de Prada Poole, con una estructura neumática que moldeaba el espacio interior de 1.000m<sup>2</sup> de extensión cubierto con una delgadísima película de tres décimas de espesor en poliuretano con diversas pigmentaciones, ha servido de marco a una exposición audiovisual de obras de vanguardia.

La proyección de films experimentales, desde Melies hasta Raysse.

La exposición de arte vasco actual

Las audiciones de obras de Cage, Tudor, de Pablo...

La...

La presentación de otras múltiples realizaciones de Vanguardia.

La participación de un numeroso público joven y no tan joven, ansioso de conocer la situación actual del arte. Esto ha sido sin duda lo más significativo de los encuentros.

Hemos querido ver en Pamplona, una intención de que este arte poco definido, muy difícil en el momento actual, sea también propiedad de todo el pueblo, no sólo privilegio de una autocrática minoría de artistas y conocedores. De que abandone el papel consumista que la sociedad le está imponiendo. Hoy como dice Nake, es el marchand y no el artista el que impone los nuevos criterios, las bases de una creación que tiene como objeto el alejar al artista de su entorno, de su momento de su vocación, proporcionándole un status, y

un pedestal que le aleja aún más de la realidad, incluyéndole en una aureola triunfalista que el "éxito" da al arte de consumo.

Al pueblo se le atribuye, y en Pamplona lo hemos visto, un hambre de arte que todo artista debería considerarse obligado a satisfacer.

¿Qué han supuesto los encuentros? Se ha preguntado mucha gente que ha acudido al artista como acude a un profeta, buscando una respuesta para mitigar su sed espiritual, en esta sociedad materialista.

Para mí, han supuesto un paso muy importante, porque: "¿Acaso no hablamos, en general, demasiado enfáticamente de arte? ¿No solemos aplicarle palabras que entrañan pretensiones muy superiores a las realidades que hoy se hallan a su alcance? Nuestros acendrados hábitos ideológicos de expresión verbal, ¿no nos llevan a imponerle el peso de una ambición que no guarda proporción alguna con sus actuales posibilidades de acción? Realmente sería necesario se hiciera el silencio en torno a todas esas palabras altisonantes que nos ha legado el Himnario ideológico del romanticismo. Del romanticismo procede a fin de cuentas ese tono casi religioso en el que caemos automáticamente cuando se habla de cosas de arte. Como si toda manifestación artística entrañara misterio". (W. Worringer.)

Esta ha sido una clara aportación de los encuentros, presentar un artista desmitificado, un artista que es un hombre como cualquier otro, que presenta una lucha desgarradora con unos medios de expresión para intentar comunicar, con una gama limitada de señales, a las que es sensible nuestro cuerpo desnudo, gama que no se ha incrementado en los últimos veinticinco o treinta mil años, una imagen de la naturaleza que incluye formas insospechadas, la partícula nuclear, la radiación, la antimateria...

Un artista, ya no mítico, ya no situado en un pedestal, sino un artista que busca, que se equivoca, que vive con los demás hombres, las audaces generalizaciones de la ciencia, que engarzan formalmente fenómenos aislados en amplios y generales esquemas de cohesión imponente. Artistas que emprenden la difícil búsqueda, para encontrar un fundamento emocional a este sorprendente mundo. Estos artistas no presentan no pueden presentar una pragmática obra de arte, que devuelva el orden a nuestro mundo. Mundo que después de cinco siglos de un acelerado desarrollo técnico y científico se ha vuelto incontrolable.

El salvaje crecimiento de las ciudades —en masa física, en población, en complejidad de las relaciones humanas— hace que parezcan lanzadas

a una vida independiente, más allá del control humano. La desintegración del átomo, el acceso a la Luna, necesitan de una explicación. Los tabús que la ciencia deshace nos brindan una apreciación más racional de la naturaleza, pero necesitamos algo más.

El desarrollo tecnológico, el progreso consumista que nos conduce a una pérdida de contactos con la naturaleza. Naturaleza que estamos matando, con un inconsiderado desarrollo que no repara en la destrucción y aniquilamiento del medio ambiente, en la desaparición de todo lo natural. En esta escena tan vasta, ruidosa, confusa y contradictoria, un artista no puede brindar sino su propia decepción. Necesitamos por tanto algo más que la capacidad artística para responder con vigor ante este suicidio colectivo que presenciamos.

“La civilización industrial ha propagado condiciones que envenenan no solamente el cuerpo, sino también el espíritu del hombre. Estamos justificadamente alarmados por los peligros de la precipitación radioactiva. Pero el humo, la suciedad, el envenenamiento de las aguas y del subsuelo, la falta de espacio en la que estamos obligados a vivir, la ausencia de luz y color, la degradación de las mejores cualidades del trabajo creador del hombre, constituyen en conjunto una precipitación más peligrosa.

Hoy hablamos de niveles de seguridad y medimos la cantidad de milioentgens de los objetos que nos rodean, pero ni ahora ni en el pasado hemos reconocido la importancia de nuestras vidas cotidianas. Nos inquietamos muy poco por mitigar el tedio del trabajo repetitivo, que es un asesino del espíritu. No hemos hecho movimiento alguno para detener el derroche de energía creadora dedicada a gestos inanes o para restaurar el claudicante coraje del hombre en medio de su aislamiento progresivo. Pues la tragedia radica en el caos de la comunicación: los trescientos circuitos comerciales de avisadores, relaciones públicas, periódicos mañosamente tentadores, y pasatiempos fatuos. La mayor parte de las ideas y valores de las gentes, son impartidos y controlados por intermediarios egoístas cuyos objetivos son mezquinos y asociales.” (G. Kepes).

El hombre de hoy se ve abordado y controlado por una sociedad, por un desarrollo que le hace perder su verdadera dimensión. El arte, la Moral, la justicia se vuelven realidades ficticias. Nuestra sociedad consumista de progreso y desarrollo nos ofrece un hombre desplazado del centro de la naturaleza. Walter Rathenau decía refiriéndose al arte: “Pero todas estas cosas carecen de sentido alguno para un proletario inteligente. Para él, un automóvil es más importante que el Partenón, un partido de fútbol le interesa más que la Doncella de Orleans.” Esto lo dijo sin ningún desprecio por nadie, sin cinismo, sólo fue realista y es el realismo el que tan duramente habla.

Las expresiones de los Encuentros hacen justicia a la vaciedad y a la desorganización de nuestra vida. No constituyen formas de arte tan puras como algunos hubieran querido encontrar, pero por lo menos nos dicen sobre el estado actual del mundo mucho más que los periódicos o la radio. Tienen valor como arte.

“¿Por qué nuestra vida interna ha llegado a empobrecerse tanto, a ser tan vacía, y por qué nuestra vida exterior es tan exorbitante, y aún más vacía en sus satisfacciones subjetivas? ¿Por qué nos hemos convertido en dioses tecnológicos y diablos morales, superhombres científicos e idiotas estéticos —es decir, idiotas en el sentido griego del término— personas totalmente privadas, incapaces de comunicarse entre sí o de comprenderse mutuamente?” (L. Mumford).

Hoy hemos ampliado en gran escala nuestros poderes mediante un elevado desarrollo técnico, pero no hemos desarrollado de igual manera la capacidad de controlar esos poderes en grado proporcionado. Progresivamente nuestra técnica se ha vuelto compulsiva, tiránica. La máquina se ha convertido en nuestra principal fuente de magia. Hemos devaluado todos los símbolos para convertir a la máquina en un símbolo universal: un dios al cual rendir culto.

El filósofo de la historia Oswald Spengler intentó dar una explicación a esta dicotomía. Dividía el desarrollo de toda cultura en dos fases: primero una fase orgánica, humana, la primavera de la cultura, cuando maduran los poderes del hombre y florecen las artes como expresión natural de su vida interior y de su facultad creadora; luego, una árida fase mecánica, la curva descendente de la vida, fase en la que los hombres se vuelven extravertidos, dados a la organización y creación de formas rígidas de vida, creando una cáscara de costumbres y hábitos vacíos que impiden todo crecimiento interior.

Es en esta segunda época en la que nos hayamos. Pero hemos de confiar en el hombre y respetar su propia facultad creadora. No hemos

de perder la fe en su propia significación potencial, y en su valor potencial. El hecho de la dicotomía existente entre cultura y civilización, entre lo natural y lo artificial, entre lo orgánico y lo mecánico, es debido a la exageración de una fase de desarrollo olvidando la otra. Estas falsas creencias tienen un fundamento filosófico que alteró nuestro equilibrio, y hemos de recuperar nuestro equilibrio dinámico activo, único estado en el cual florecerán las funciones más elevadas, aquellas que promueven el arte, la moral, la libertad.

Henry Adams quiso expresar esto en 1905: “Al ritmo que el progreso ha seguido desde 1600, no necesitaremos otro siglo u otro medio siglo más, para poner el pensamiento cabeza abajo. En este caso, la ley desaparecerá como teoría o como principio “a priori” y cederá su lugar a la fuerza. La moral se convertirá en policía. Los explosivos alcanzarán violencia cósmica. La desintegración reemplazará a la integración.”

Hoy que vivimos esta realidad, la anterior declaración adquiere características de profecía despreciada. Mientras el arte, los artistas buscan, se afanan, dan testimonio de una vida más plena, más trágica. Otros “se bañan tranquilamente en las quietas fuentes de la vida tradicional, evitando las corrientes fuertes y turbias de la existencia contemporánea, que podrían derribarlos o arrastrarlos. Estos artistas ganan sin duda en pureza e intensidad mediante esa reclusión, pero con el mismo criterio pierden en fuerza y en amplitud general de llamamiento.” (L. Mumford).

Sin embargo, existen indicios de una nueva fecundación del espíritu y de la renovación de las artes. La sociedad tiene en sí una esperanza viva, se muestra en la forma en la que se enamoran los jóvenes, y se casan, y tienen hijos, aún a costa de las graves amenazas que denunciarnos, aún a costa de largas separaciones, aún a costa de... Esta vitalidad latente es real. El hombre va siendo de nuevo el centro del cuadro.

Aunque la multiplicación de invenciones, el desarrollo tecnológico ha excedido nuestra capacidad de asimilación, también, es verdad que el interés se ha desplazado hacia el hombre. Si nuestra actividad, y la actividad consumista de nuestra sociedad y del progreso vuelven su vista, no a la producción de máxima cantidad compatible con el interés pecuniario, sino hacia la máxima cantidad compatible con una vida plenamente desarrollada, entonces los hombres se sentirán liberados cada vez más.

Este cambio es nada menos que un cambio de interés hacia la totalidad del organismo, y la totalidad de la personalidad. Un desplazamiento de valores, un nuevo sistema filosófico, un hálito fresco de vida.

Antes de exigir al arte la reparación de las distorsiones y dicotomías de nuestro mundo, debemos nosotros colocarnos en un estado de ánimo y en un estado mental en el que el arte sea posible. Sabemos que nuestra naturaleza posee muchas capacidades, además del don de explotar la curiosidad científica, de realizar trabajos monótonos y repetitivos, de fabricar máquinas... Es necesario un coraje especial, una lucha por tratar de salvar las desigualdades entre el entorno vulgar de las ciudades, el paisaje marchito, la naturaleza agonizante, el ritmo duro y mecánico del escenario industrial, y la fantástica expansión del modelo cosmológico desarrollado en el campo científico, desde lo ultramicroscópico a lo macroastronómico. Las desigualdades entre un hombre que crea el símbolo y la herramienta, para expresar su vida interior y controlar su vida exterior, y las organizaciones automáticas que controlan al hombre y al símbolo como su propia herramienta. El ritmo de las máquinas deberá ser domesticado, para ser el ritmo de las necesidades humanas.

“Debemos usar al máximo nuestras facultades, el cerebro científico, el corazón de poeta, el ojo de pintor, para así, a través del conocimiento científico, llegar a comprender los requerimientos biológicos y psicológicos del hombre y comenzar a reestructurar el mundo, con la máquina, restaurando el equilibrio entre el hombre y su medio. Los símbolos del orden necesarios para esta tarea superior, quizá surjan de la poesía de imágenes que esperan aún al explorador de los nuevos horizontes.” (G. Kepes).

Y así comenzaremos una actividad cuyo objetivo lo encontramos trastocando una idea de Blake: “Elevado el arte, afirmada la imaginación, la paz gobierna las naciones.”

Angel FARINOS SAID  
Arquitecto. Promoción 1971.